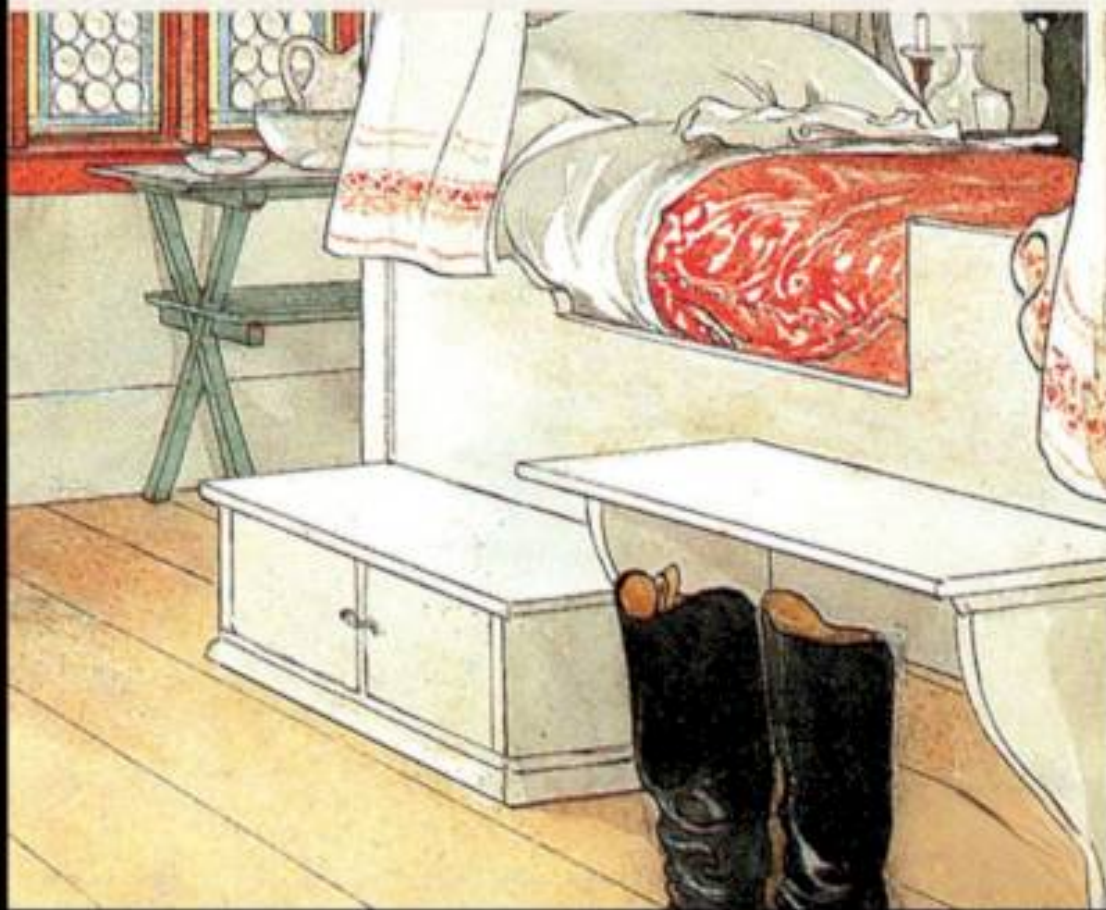




STELLA GIBBONS

# Flora Poste y los artistas

Traducción de José C. Vales



Dieciséis años después de haber puesto el pie por última vez en el pintoresco pueblo de Howling, Flora Poste, la díscola y encantadora protagonista de *La hija de Robert Poste*, vuelve a la carga para socorrer a los atribulados Starkadder, propietarios de la granja de Cold Comfort. La finca ha sido rehabilitada como un museo decorado en falso estilo rústico inglés, y se convierte en el lugar de celebración de una conferencia del Grupo de Expertos Internacionales, entre los que se cuentan inefables pintores, escultores insufribles, excéntricos sabios orientales, y toda una plétora de intelectuales fastidiosos cuya máxima obsesión es dejar pasmados a los lugareños.

Para Constance y Anthony Rye

## Introducción

### Dieciséis años atrás

Por José C. Vales

En 1932 vio la luz una hilarante novela escrita por la periodista Stella Gibbons en la que se narraba la surrealista peripecia de una joven de voluntad férrea y espléndidas pantorrillas: Flora Poste. En aquel relato, la autora se permitía el lujo de entregarse a un humor descabellado, pero más cercano a las burlas inocentes que a la ironía o el sarcasmo. *La hija de Robert Poste* viajaba a un remoto paraje del sur de Inglaterra, perdido entre las colinas de los Downs, y, de acuerdo con los estrictos parámetros fijados un siglo antes por Jane Austen y sus seguidoras, «organizaba» la vida de todos cuantos encontraba a su alrededor. Flora Poste detestaba que las cosas no estuvieran limpias y ordenadas.

Dieciséis años después, Stella Gibbons emprende la tarea de redactar las nuevas aventuras de su singular heroína. Pero las cosas han cambiado mucho, y no solo para Flora Poste. El personaje puede considerarse feliz, pues se casó con su querido Charles Fairford, tuvo cinco hijos y ahora vive apaciblemente en una rectoría de Londres, frente a Regent's Park. El mundo real, sin embargo, ha sufrido transformaciones más dramáticas: se ha visto sacudido por el horrendo espectáculo de la Segunda Guerra Mundial (en la novela, «los Recientes Acontecimientos»). Londres vive una espantosa posguerra de hambre y miserias («Segunda Edad Oscura») y el orgullo británico se siente humillado recibien-

do la beneficencia americana. La nueva novela de Stella Gibbons no va a prescindir del humor, pero ahora ya no brilla con la alegría «de los lejanos y frívolos años veinte»; ahora se acumula en sus páginas cierta amargura y ciertos tonos de resentimiento contra el ser humano tiñen las descripciones del relato: «Conociéndolo, lo sorprendente sería que todo fuera bien». En *Flora Poste y los artistas* la autora va dejando caer todos los reproches que tiene para con su mundo, especialmente para con los políticos y los científicos, y no escatimará los sarcasmos a filósofos, pintores y escritores.

A Stella Gibbons se le hace especialmente duro observar la frivolidad de los pensadores, los artistas y los científicos de su tiempo. En plena Segunda Edad Oscura, la autora no va a perdonar la falta de humanidad, ni la voracidad capitalista, ni la ignorancia de los científicos, ni la presunción intelectual, ni el egocentrismo ridículo de los artistas, ni la distante soberbia de la filosofía existencialista, ni la desconcertante vacuidad de las vanguardias («Usted no lo entiende», le dicen los artistas a Flora). Se ha repetido hasta la saciedad, como un mantra sospechoso, la idea de que *Flora Poste y los artistas* era muy menor respecto a *La hija de Robert Poste*. Tal vez porque los varapalos y bofetadas que Stella Gibbons reparte a diestro y siniestro en esta novela no resultaron en su momento del agrado de «los exponentes máximos» de la vitalidad artística.

Dieciséis años después de la primera visita a Cold Comfort Farm, nuestra heroína encuentra una granja encalada, limpia, aseada, pintada «como una golfa en el paseo marítimo de Worthing», llena de cartelitos en hierro forjado y numerosos jardincitos pulcramente dispuestos. Se ha convertido en un «centro rural» de convenciones y reuniones. Es terrible, pero «¡ya no quedan Starkadder en Cold Comfort Farm!». La vieja casona era «lo que debía ser», pero a Flora Poste, por alguna razón, le resulta desagradable e incoherente... y antes de que se pueda decir «vi-algo-sucio-en-la-

leñera», la heroína se dispone a remediar tan lamentable estado de cosas.

Aparte de los miembros de la familia y los habitantes de la granja, en *Flora Poste y los artistas* reaparece uno de los personajes a los que Stella Gibbons abofeteó literariamente (*mercilessly*, en opinión de algunos) en *La hija de Robert Poste*. Se trata del señor Meyerburg, a quien Flora llama Mybug ("mi pesadilla", "mi tortura", "mi chinche"), un escritor obsesionado por el sexo y los instintos, y un tanto misógino, también. Aunque no parece existir constatación alguna por parte de la autora, todo el mundo parece de acuerdo en afirmar que el señor Mybug es un trasunto de D. H. Lawrence. Para cuando se publicó *Flora Poste y los artistas*, D. H. Lawrence ya había fallecido, pero Gibbons siguió mofándose de Mybug asignándole la autoría de una extravagancia titulada *El dromedario*. (Es una novela simbólica y larga, que describe la vida de un camello a lo largo de un solo día y, a decir verdad, con un aire muy joyceano). Curiosamente, ya nadie lo llama Meyerburg: todo el mundo lo conoce como Mybug. La autora también presenta a varios artistas que hacen el ridículo con ahínco y el lector tiende a intentar averiguar quiénes se esconden tras los nombres ficticios (y malintencionados) que les impone Stella Gibbons. Por ejemplo, se da por seguro que el escultor Andrassy Hacke, autor de unas monumentales *Mujer con niño* y *Mujer con viento* es el escultor Henry Moore (1898-1986), y a juzgar por la obra del artista y las referencias de Gibbons, resulta difícil contradecir esta hipótesis. En algún caso (N. Humble, en *The Feminine Middlebrow Novel*) también se ha dicho que el pintor Peccavi es un trasunto de Picasso, pero si lo es, las referencias son tan vagas que la identificación resulta un tanto forzada; un pintor relacionado con el *fauvisme*, como Matisse, se ajusta más a la descripción. También aparece una mujer francesa, hermosa, sonriente y educadísima, que representa a los existencialistas —a pesar de su afición a los diamantes y a los lujos ca-

ros—, que pasea con un libro de filosofía bajo el brazo, y a la que maliciosamente se le impone el nombre de Adrienne Avaler (avaler, “tragar”). Pero no todos los personajes se esconden tras nombres fingidos: por ejemplo, se cita explícitamente a don Futurable Wells (H. G. Wells, el padre de la ciencia ficción moderna) y se recuerda a la prolífica y olvidada escritora Charlotte Yonge, sobre cuyas novelas cae rendida de sueño Flora Poste, aunque tienen otros usos como armas arrojadas.

Hay muchos más: Bob Flatte (flatted, “desafinado”), cuyo nombre se parece demasiado a Benjamín Britten, es el autor de una ópera estrafalaria; Tom Jones es el paradigma del poeta torturado y renegado; Maser Messe, el masoquista que hace «arte percedero» con masa de pan; el miserable Claud Hubris (hubris, “soberbia”, “orgullo exacerbado”) propone unos derechos humanos basados en el comercio de alimentos (y asombra cómo sus postulados se parecen a los de algunas empresas de alimentación modernas), y a todos estos se une una cohorte de personajes menores (incluido el pobre e ingenuo señor Gonn, que aún cree en los derechos humanos) que no hacen sino contribuir al ridículo general de los tres grupos que, según la teoría sansimoniana, impulsaban las vanguardias: los artistas, los científicos y los industriales. También aparece un personaje llamado Ernetstine Thump (“trompazo”) que parece la imagen burlesca de Elsie Widdowson, la dietista que se ocupó de los problemas nutricionales de Gran Bretaña tras la Segunda Guerra Mundial.

Como en *La hija de Robert Poste*, la autora hace referencia a acontecimientos, anécdotas, ambientes y personas que apenas puede conocer un lector español de nuestro tiempo (¿qué demonios será el “Lamastide”? ¿A quién se refiere cuando habla de «los Niños del Bosque»? ¿Quién era O. C. Wells, venerado como un santo junto a un pozo? ¿Por qué cantan los científicos una canción sobre los neutrones que dominan los océanos?). Stella Gibbons no mal-

gasta ni un renglón en explicarle a sus lectores referencias sociales, económicas, geográficas, artísticas o literarias, de modo que, en lo posible, en esta traducción se ha procurado identificar buena parte de las referencias que solo conseguirían que el lector levantara la ceja, estupefacto. Por supuesto, la autora continúa con su costumbre de imitar o inventar el lenguaje rural de Howling y alrededores («¿Tú qué crees que quiere decir?», llega a preguntar la protagonista ante un texto incomprensible), con sus clásicos y abundantísimos “slaphamock”, “whoam”, “ungyun”, “Sattidy”, “arter-dinner-cuppa” o el famoso “sukebind”, de difícil traducción al castellano.

Finalmente, es necesario dejar bien sentado que no es imprescindible haber leído *La hija de Robert Poste* para disfrutar plenamente de *Flora Poste y los artistas*. Sin embargo, Stella Gibbons no siempre se muestra lo suficientemente condescendiente con el lector como para recordarle los antecedentes vitales de cada uno de los personajes. Para que el lector no se pierda por los embarrados caminos de las colinas de Ticklepenny, he aquí una brevísima nómina con los antecedentes vitales de los personajes más relevantes.

Flora Poste, la joven de voluntad férrea y espléndidas pantorrillas, acudió a la granja familiar de Cold Comfort dieciséis años atrás, y gracias a su talento para organizado todo a su gusto, consiguió que los habitantes de la granja fueran aproximadamente felices. Se casó con su primo Charles Fairford, pastor anglicano y piloto de avioneta.

Mary Smiling es la mejor amiga de Flora en Londres; viuda y rica, tenía abundantes admiradores —la mayoría exploradores locos por ella— y una obsesión: coleccionar sujetadores y corsés. Vive sometida a los caprichos de su viejo mayordomo Sneller.

Reuben Starkadder, a pesar de sus temores y miedos, heredó, como primogénito de la familia, la granja de Cold Comfort. Quiso casarse en su momento con Flora, pero es-



ta lo convenció de que lo mejor sería casarse con una mujer de la familia Dolour (asalariada en la granja): Nancy.

Adam Lambsbreath era el nonagenario vaquerizo de Cold Comfort Farm. Dieciséis años atrás, Flora le regaló un estropajo con mango para que no tuviera que fregar los platos con ramas de espino. Estaba obsesionado con la joven Elfine Starkadder, y cuando esta se casó y se mudó a Haut-Couture Hall, él también se trasladó... con las vacas.

Elfine Starkadder fue el gran proyecto de Flora Poste: le quitó de la cabeza ciertas ideas poéticas y le enseñó los encantadores secretos del *Vogue*. Además, consiguió que se casara con el joven noble del vecindario, Richard Hawk-Monitor. Ahora vive en Haut-Couture Hall con su marido y sus seis hijos.

Urk Starkadder, hermano de Reuben Starkadder, estaba obsesionado con las ratas de agua; sobre la sangre de una rata se había comprometido a casarse con su prima Elfine cuando esta nació. Flora lo convenció para que se casara con Meriam, una «moza a jornal» muy proclive a quedarse preñada cada vez que florecía la parravirgen.

El señor Mybug era un escritor obsesionado con la sexualidad, especialmente la suya; Flora lo llamaba señor Mybug, aunque su nombre real era Meyerburg, y la hija de Robert Poste consiguió casarlo con Rennet. En la nueva novela de 1949 ya todo el mundo lo conoce como Mybug.

Ada Doom era la gran matriarca de Cold Comfort. Con la excusa de que siempre había habido Starkadder en Cold Comfort y de que había visto «algo sucio en la leñera», tenía sometidos a todos los miembros de la familia, incapacitándolos para poder desarrollar una vida normal. Flora consiguió que la tía Ada Doom abandonara su cuarto y se fuera felizmente a recorrer mundo.

José C. Vales

Creo que es necesario hacer frente con decisión a esta invasión de mal humor.

THOMAS LOVE PEACOCK

Una soleada mañana, en plena Segunda Edad Oscura, Flora y Charles Fairford se encontraban sentados desayunando con su familia en la rectoría, con vistas a Regent's Park, en Londres, donde habían vivido desde que Charles obtuviera su plaza, unos trece años atrás. Flora, como probablemente se recordará, era la famosa Flora Poste, alabada en su momento por la rectitud de su nariz y la eficacia de sus trabajos de orden y aseo en la granja de Cold Comfort, en Sussex. La nariz seguía conservando su elegancia clásica; respecto a otros trabajos, ese era un asunto en el que Flora rara vez pensaba ya, puesto que tenía cinco hijos y no disponía ya de tiempo para nada. El correo acababa de llegar y la familia se afanaba en la lectura de las cartas.

Las de Flora eran las típicas que suelen recibir las esposas de los vicarios de parroquias grandes y pobres como aquella. Sin embargo, entre las innumerables solicitudes y demandas que había recibido esa mañana, le llamó la atención un sobre, escrito en rojo y cuya caligrafía era tan retorcida como elegante; cuando vio el remite de la carta, no pudo evitar una exclamación de sorpresa en la que nadie reparó. Su marido estaba absorto con su propia correspondencia, y los niños seguían demasiado atareados desayunando.

—Vaya, escuchad esto —ordenó Flora, y empezó a leer la carta en voz alta:

Mi querida señora Flora Fairford,

Naturalmente, usted ya no se acordará de mí. Seguramente ya se habrá olvidado incluso de cómo me llamo. No sabía si ponerme en contacto con usted: albergaba serias dudas al respecto. Pero anoche vi su nombre de casada mientras hojeaba un libro sobre Messe, ese genio del arte perecedero, y... ¡y entonces se me ocurrió *la idea!* Seré franco con usted. El G. I. I. Va a celebrar un congreso desde el 17 hasta el 24 de junio en la granja de Cold Comfort (*¿lo entiende ahora, Flora?*), y un servidor ejercerá como secretario de organización. ¿Podría usted venir y echarnos una mano? Podría usted organizado todo... *como antaño.*

—¿Qué es el G. I. I., mamá? —interrumpió la hija mayor de Flora.

—El Grupo Internacional de Intelectuales, boba —dijo su primogénito, sin levantar la mirada de un libro que tenía abierto sobre las rodillas, por debajo de la mesa.

—«*¿No le pica a usted el gusanillo?*» —continuaba diciendo la carta—. Gracias a Dios, yo no tengo *gusanillos* —murmuró Flora—. ¡Alex, deja de una vez la gramática latina y acábate el desayuno! —Y luego añadió con gesto de asombro—: ¿Y a que no adivinas de quién es la carta? *¡Del señor Mybug!*

Toda la familia la miró con ojos estupefactos, excepto Charles, que frunció el ceño.

—Oh, no es nada... Ninguno de vosotros habíais nacido todavía —añadió Flora, y luego se dirigió a Charles—: Tú sí te acuerdas, ¿verdad que sí, cariño?

—Vagamente. Pero me temo que no puedes ir, Flora. Precisamente el día 17 tenemos el Té y el Mercadillo Americano.

—Es verdad. Lo había olvidado... No, no puedo, definitivamente. No me lo puedo ni plantear siquiera... —Y se guardó la carta en el bolsillo de su falda y no dijo nada más.

Pero tras el desayuno, cuando los niños mayores ya se habían ido a la escuela y mientras Emilia, que aún era un bebé, se dedicaba a observar al criado (contratado por Flora para ayudarla con las tareas de la casa, ahora que era madre de cinco muchachos), que estaba sacando brillo al suelo de la cocina, Flora cogió el teléfono y marcó un número.

Tras una pausa, excesiva incluso para los estándares de la Segunda Edad Oscura, se escuchó una débil voz:

—¿Hola? ¿Sí? ¿Oiga?

—¿Eres tú, Sneller? ¿Está la señora Smiling en casa?

—Manténgase a la escucha, señora. Voy a comprobarlo. ¿Quién debo decirle que llama, señora?

—Soy yo, Sneller: yo, la señora Fairford.

—Muy bien, señora.

Se escuchó el sonido de unas pisadas alejándose y, tras otra pausa igual de excesiva, se oyó una voz distinta, grave y adornada con un encantador acento americano:

—Hola, ¿quién está *al aparato*?

—¿Mary? Soy yo. Verás... ¿Te importa que vaya a tomar el té contigo esta tarde?

—Estaré encantada. Pero déjame que le pregunte a Sneller.

—¡Mary! ¿Aún tienes que pedirle permiso a tu mayordomo cada vez que quieres invitar a alguien a tu casa? Creía que después de tantos años...

—No, no es eso... Es que le disgusta mucho tener que ir a comprar pastas y todas esas zarandajas. Espera un segundo.

Se produjo una pausa aún más excesiva que la primera y la segunda juntas, y luego la señora Smiling regresó y dijo que ya estaba todo arreglado y que estaría encantada de recibir a Flora alrededor de las cuatro.

Así que serían poco más de las cuatro de la tarde cuando Flora hizo sonar el timbre del número 1 de Mouse Place. El edificio no había sufrido en demasía durante los Recien-

tes Acontecimientos, pero la casa había permanecido cerrada, y al cuidado de Sneller, mientras la señora Smiling se encontraba en los Estados Unidos. Flora llevaba muchos años sin poner un pie en la casa. De cualquier modo, la señora Smiling tenía amigos en las cabañas y en los palacios, y había conseguido que le pintaran la casa. Parecía recién remozada y plena de elegancia, resplandeciente bajo la luz del sol estival, y había minutisas y clavellinas en las cestitas de metal que colgaban de los balcones.

Sneller, el mayordomo de la señora Smiling, abrió la puerta. Estaba tan viejo y tan estropeado que ya no lograba causar ninguna aprensión en los visitantes, más allá de la sorpresa de que aún continuara entre los vivos. A esas alturas, de hecho, era el retrato mismo de una tortuga entrada en años.

—Buenas tardes, Sneller. Es estupendo verte de nuevo después de tanto tiempo.

—Lo mismo digo, señora. Espero que se encuentre usted perfectamente, señora, así como el señor Fairford, y todas las señoritas y señoritos que tiene usted.

Flora contestó que se encontraban todos bien y, pensando que las palabras de Sneller habían conseguido que su familia pareciera incluso más grande de lo que ya era, cruzó el vestíbulo, al tiempo que su larga falda gris susurraba conforme avanzaba por el mosaico de flores y conchas del suelo.

La señora Smiling emergió del salón para recibirla. El tiempo había sido amable con los ojos grises y los labios de la señora Smiling, y llevaba un vestido gris perla casi hasta los tobillos y una gargantilla de diamantes. Sin embargo, para consternación de Flora, cuando miró por encima del hombro de su amiga vio que había un bulto sentado en el sofá del salón. Se trataba de una mujer con un montón de pelo y unos ojillos brillantes bajo un sombrero lamentablemente fallido.

—¿Y esa quién es? —dijo Flora en voz baja, deteniéndose para besar cariñosamente a su amiga.

—Ésa es la señora Ernestine Thump. ¡Shhh, Flora! No he podido evitarlo —susurró a su vez la señora Smiling, mientras le mostraba a su amiga el camino hacia el comedor.

La señora Ernestine Thump estaba sentada muy formalmente en el sofá, rodeada de papeles rojos, blancos y azules. Se había anclado el sombrero de un modo perfectamente vulgar en la coronilla, quizás en un obligado intento de parecer elegante. Al verla, Flora la reconoció al instante. Era una mujer que había tenido cierta relevancia social en el pasado, y de cuyas fotografías a menudo había apartado la mirada en los periódicos.

—Ernestine, esta es Florita. Florita, tú no conoces a Ernestine... —dijo la señora Smiling, y su acento americano se hizo aún más perceptible, como ocurría siempre que se ponía un poco nerviosa—. Conocí a Ernestine en el *Queen*, en el viaje de regreso de América. Ella venía de investigar qué opinan en aquel país de las equivalencias nutricionales... —concluyó vagamente.

Flora vio que Ernestine Thump se disponía a abrir la boca para preguntarle *a qué se dedicaba ella*, así que sonrió y le hizo una rápida reverencia de cortesía al tiempo que se lanzaba sin más a trazar un breve y rápido resumen de la carta del señor Mybug acerca del Congreso del Grupo Internacional de Intelectuales.

—Ya sé que habíamos quedado en que abrirías para nosotros el Mercadillo Americano el día 17, Mary, pero estoy pensando seriamente en aceptar la invitación del señor Mybug, así que te iba a sugerir que...

—¡Por supuesto! —gritó la señora Ernestine Thump—. ¡No debería perderselo usted por nada del mundo! ¡Qué fantástica oportunidad! ¡Cómo me encantaría poder ir con usted! ¡Personajes internacionalmente famosos! ¡Un festival de la cultura! —añadió—. ¡Por supuesto: confiamos en nuestros artistas y en nuestros intelectuales! No sirven prác-